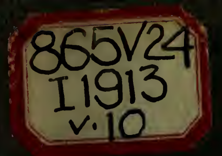
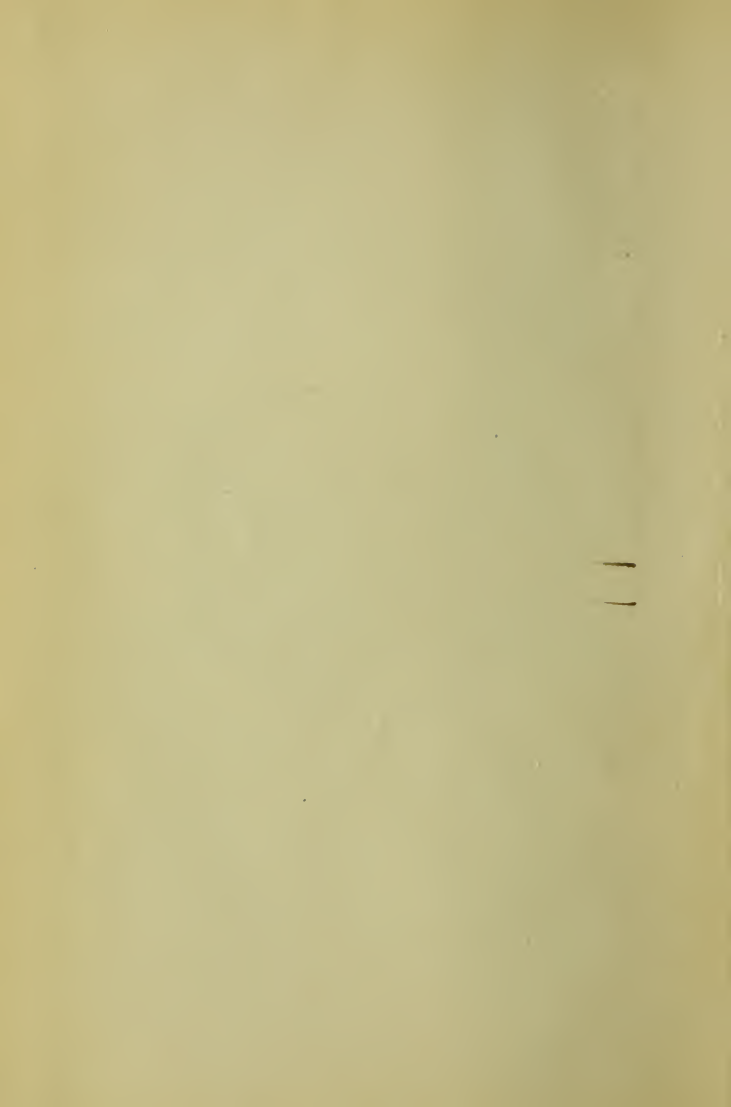

865V24
I1913
v.10



LA CABEZA DEL DRAGÓN


LA CABEZA DEL DRAGON
FARSA
LA ESCRIBIO
DON RAMON DEL VALLE INCLAN
OPERA OMNIA
VOL X



PERSONAJES DE LA FARSA

LA SEÑORA INFANTINA ❁

EL PRINCIPE VERDEMAR

❁ EL DUENDE ❁

❁ EL PRINCIPE AJONJOLI ❁ EL PRINCIPE POMPON ❁

❁ EL GRAN REY MANGUCIAN ❁ SEÑORA REINA

EL PRIMER MINISTRO ❁

❁ UN VENTERO ❁ UN BUFON ❁ UNA MARITORNES ❁ UN CIEGO ❁ UN BRAVO ❁

❁ LA GEROMA ❁

EL GENERAL FIERABRAS ❁

UN PREGONERO ❁ EL REY MICOMICON ❁

❁ EL MAESTRO DE CEREMONIAS

UNA DUQUESA Y UN CHAMBELAN ❁

❁ CORO DE DAMAS Y GALANES ❁

ANNO MCMXIII




OPERA OMNIA
LA CABEZA DEL DRAGON
FARSA
VOL X



ESCENA PRIMERA





RES Príncipes donceles, juegan á la pelota en el Patio de Armas de un castillo muy torreado, como aquellos de las aventuras de Orlando: Puede ser de diamante, de bronce ó de niebla. Es un castillo de fantasía, como lo saben soñar los niños. Tiene grandes muros cubiertos de hiedra, y todavía no ha sido restaurado por los arquitectos del Rey. ¡Alabemos á Dios!

EL PRINCIPE AJONJOLI

¿Habéis advertido, hermanos, cómo esta pelota bota y rebota? Cuando la envío á una parte se tuerce á la contraria.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Parece que llevase dentro á un Diablo enredador!

EL PRINCIPE POMPON

¡Parece haberse vuelto loca!

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Antes sería preciso que esa bola llena de aire fuese capaz de tener juicio alguna vez!

EL PRINCIPE POMPON

¿Porqué lo dudas? ¿Porque está llena de aire? El aire, el humo y el vacío son los tres elementos en que viven más á gusto los sabios.

EL PRINCIPE AJONJOLI

¡Bien dice el Príncipe Pompón! ¿No vemos al primer ministro del Rey nuestro padre? ¡Unos dicen que tiene la cabeza llena de humo! ¡Otros, que de aire! ¡Y otros, que vacía!

EL PRINCIPE POMPON

¡Y sin embargo todas las gacetas ponderan sus discursos y pregonan que es un sabio, Príncipe Ajonjolí! El Rey nuestro padre le confía el gobierno de sus Estados.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Pero ya sabéis lo que dice la Reina nuestra madre, cuando le repela las barbas al Rey nuestro padre. ¡Una casa no se gobierna como un reino! ¡Una casa requiere mucha cabeza! Y el Rey nuestro padre le da la razón.

EL PRINCIPE AJONJOLI

Porque es un bragazas. Pero el primer ministro no se la da, y dice que todas las mujeres, reinas ó verduleras, son anarquistas.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Vamos á terminar el partido.

EL PRINCIPE POMPON

No se puede con esta pelota. Está de remate. ¡Mirad qué tumbos!

EL PRINCIPE AJONJOLI

Tú eres quien está de remate. La has metido por la ventana del torreón.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Voy á buscarla.

EL PRINCIPE AJONJOLI

Está cerrada la puerta, Príncipe Verdemar.

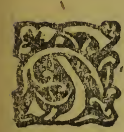


EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Dónde está la llave, Príncipe Ajonjolí?

EL PRINCIPE AJONJOLI

La Reina la lleva colgada de la cintura.



E OYE la voz de un Duende que canta con un ritmo sin edad, como las fuentes y los pájaros, como el sapo y la rana. Los ecos del castillo arrastran la canción, y en lo alto de las torres las cigüeñas escuchan con una pata en el aire. La actitud de las cigüeñas anuncia á los admiradores de Ricardo Wagner.

EL DUENDE

¡Dame libertad
Paloma real!
¡Palomita que vuelas tan alto,
Sin miedo del gavilán!

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Quién canta en el torreón? ¡No conozco esa voz!

EL PRINCIPE AJONJOLI

Un duende del bosque. Mingo Mingote el jardinero lo cazó con un lazo, y hoy lo presentó como regalo á nuestro padre el Rey.

EL PRINCIPE POMPON

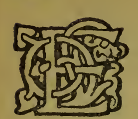
Yo nunca vi duendes, ni tampoco creí que los hubiese. Los duendes, las brujas, los trasgos, las hechicerías, ya no son cosa de nuestro tiempo, hermanos míos. Ese que el jardinero ha cazado en el bosque, no será duende.

EL PRINCIPE AJONJOLI

Yo lo vi, y tiene de duende toda la apariencia, Príncipe Pompón.

EL PRINCIPE POMPON

¡Mucho engañan los ojos, Príncipe Ajonjolí!



L DUENDE asoma la cabeza entre dos almenas. Tiene cara de viejo: Lleva capusay de teatino, y parece un mochuelo con barbas, solamente que bajo las cejas grandes y foscas, guiña los ojos con mucha picardía, y á los lados de la frente aún tiene las cicatrices de los cuernos con que le vieron un día los poetas en los bosques de Grecia.

EL DUENDE

Ábreme la puerta de mi cárcel, primogénito del Rey, Príncipe Pompón, y serás feliz en tu reinado. La gracia que me pidas, esa te daré.

EL PRINCIPE POMPON

Devuélveme la pelota y te abriré la puerta.

EL DUENDE

¿Me lo juras?

EL PRINCIPE POMPON

Mi palabra es de Rey.

EL DUENDE

Ahí va la pelota.

EL PRINCIPE POMPON

¡Gracias!

EL DUENDE

Dame libertad.

EL PRINCIPE POMPON

No puedo.

EL DUENDE

Y tu palabra, Príncipe Pompón.

EL PRINCIPE POMPON

Mi palabra no es una llave.

EL DUENDE

Ni tu fe de Rey.



ESAPARECE el Duende haciendo una cabriola. Vuelve á oirse su canción, y las cigüeñas cambian de pata, para descansar antes de caer en el éxtasis musical.

EL PRINCIPE POMPON

Vamos á jugar, hermanos.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Yo salgo el primero.

EL PRINCIPE AJONJOLI

Quien sale soy yo.

EL PRINCIPE POMPON

Yo debo salir, que soy el primogénito.

EL PRINCIPE VERDEMAR

En el juego de pelota eso no vale.

EL PRINCIPE AJONJOLI

Lo echaremos á suertes. El que bote más alto la pelota, aquel sale.

*A SOPESA y pasa de una mano á otra, toma plaza y la hace dar un bote tan alto, que casi toca el pico de las torres. Vuelve á tierra la pelota, y en el rebote se entra por la ventana del torreón.*

EL DUENDE

¡Dame libertad
Paloma real!
¡Palomita que vuelas tan alto,
Sin miedo del gavilán!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Ya nos quedamos sin pelota. Has estado muy torpe.

EL PRINCIPE AJONJOLI

El Duende nos la devolverá. ¡Señor Duende!... ¡Señor Duende!...

EL DUENDE

¡Dame libertad
Paloma real!
¡Palomita que vuelas tan alto,
Sin miedo del gavilán!

TODOS LOS PRINCIPES

¡Señor Duende! ¡Señor Duende!



PARECE otra vez el Duende entre las almenas, y en lo más alto de las torres puntiagudas, las cigüeñas cambian de pata. El Duende saluda con una pirueta.

EL DUENDE

¡Señores Príncipes! ¡Servidor de ustedes!

EL PRINCIPE AJONJOLI

Devuélveme la pelota.

EL DUENDE

Con mil amores te devolvería la pelota, si tú me devolvieses la libertad. ¿Me abrirás la puerta?

EL PRINCIPE AJONJOLI

Te la abriré.

EL DUENDE

¿Me lo juras?

EL PRINCIPE AJONJOLI

Palabra de Rey.

EL DUENDE

¡No! Palabra de Rey, no.

EL PRINCIPE AJONJOLI

¿Pues qué palabra quieres? Yo no puedo empeñarte otra. Si no soy Rey, nací para serlo, y mi palabra es conforme á mi condición.

EL DUENDE

¿Y no me podrías dar palabra de hombre de bien?

EL PRINCIPE AJONJOLI

Me estás faltando al respeto que se me debe como Príncipe de la sangre. Hombre de bien, se dice de un labrador, de un viñador, de un menestral, pero nadie es tan insolente que lo diga de un Príncipe. Hombre de honor se dice de un capitán, de un noble, de un duelista y de algunos pícaros que se baten con espadas de cartón.

EL DUENDE

Ya sé que las espadas y los sables de cartón son la mejor tramoya para presumir de caballero.

EL PRINCIPE AJONJOLI

A un Príncipe no se le puede llamar ni hombre de bien, ni hombre de honor. Es depresivo.

EL DUENDE

¿Para quién?

EL PRINCIPE AJONJOLI

Para mi sangre azul.

EL DUENDE

Príncipe Ajonjolí, tendré entonces que conformarme con tu palabra real. Ahí va la pelota.

EL PRINCIPE AJONJOLI

Gracias.

EL DUENDE

Cumple tu promesa.

EL PRINCIPE AJONJOLI

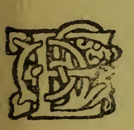
Mañana la cumpliré. Yo no te dije que fuese ahora. Mañana veré á un herrero y le encargaré una llave.

EL DUENDE

Antes de esta noche vendrá el verdugo.

EL PRINCIPE AJONJOLI

Si eres duende, procura salir por la chimenea. ¡Hermanos, vamos á continuar el partido!



L PRINCIPE Ajonjolí hace botar la pelota. El Duende guiña un ojo inflando las mejillas, y la pelota salta á pegar en ellas reventándoselas en una gran risa. ¡Es el imán de las conjunciones grotescas!

EL DUENDE

De esta vez, Príncipes míos, no tendréis la pelota sin abrirme la puerta primero.

LOS PRINCIPES

¡Vuélvela! ¡Vuélvela!

EL DUENDE

Os vuelvo vuestras promesas reales, que os ser-

virán mejor que la pelota. ¡Son más huecas y más livianas!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Duende, dame la pelota y cumpliré como hombre de bien, como caballero y como Príncipe.

EL DUENDE

No tienes la llave del torreón, Príncipe Verdemar.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Mis hermanos y yo derribaremos la puerta.

EL DUENDE

¿Con qué?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Con los hombros.

EL DUENDE

Es muy fuerte la puerta, y antes de derribarla os

habría salido joroba. Príncipes míos, estaríais muy poco gentiles.

EL PRINCIPE AJONJOLI

Nuestro padre el Rey castigará tu insolencia.

EL PRINCIPE POMPON

El verdugo cortará tu cabeza.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Me duele que el engaño de mis hermanos te haga dudar de mi palabra.

EL DUENDE

Príncipe Verdemar, allí viene la Reina vuestra madre, muy señora mía. Pídele la llave, que la lleva en la faltriquera.

EL PRINCIPE VERDEMAR

No me la daría.

EL DUENDE

Llega á tu madre, y dile te mire en la oreja derecha, porque te duele. Y mientras ella mira, mete la mano con tiento en su faltriquera y saca la llave.



ALE Señora Reina con su corona: Un paje le recoge la cola del manto, un lebrel le salta al costado, en el puño sostiene un azor.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Miradme en este oído, madre.

LA REINA

¿Qué tienes?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Una avispa se me ha entrado y me zumba dentro.

LA REINA

No veo nada.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Dejadlo, madre, ya saldrá.



EÑORA Reina se agachaba para mirar en la oreja del Príncipe. El muchacho guiñando un ojo le hurtaba la llave de la faltriquera. ¡La rica faltriquera cosida con hilo de oro, hecha con el raso de un jubón que en treinta batallas, sudó Señor Rey! Se va Señora Reina. El Príncipe Verdemar abre la puerta del torreón y sale el Duende.

EL DUENDE

Gracias, Príncipe mío. Si alguna vez necesitas el valimiento de un duende, no tienes más que llamarme. Toma este anillo. Cuando te lo pongas me tendrás á tu lado.

EL PRINCIPE POMPON

Nuestro padre te hará castigar cuando sepa que has abierto la puerta del torreón y dado libertad al Duende.

EL PRINCIPE AJONJOLI

Vámonos á jugar en otra parte. No viéndonos aquí, nadie sospechará de nosotros.

EL PRINCIPE POMPON

¿De nosotros dices, Príncipe Ajonjolí? Tú y yo estamos libres de toda culpa.

EL PRINCIPE AJONJOLI

¿Y si nos culpan á los tres?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Si culpan á los tres, yo me declararé el sólo delincuente.

EL PRINCIPE POMPON

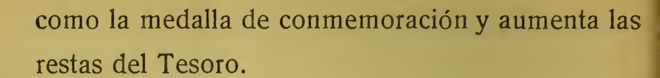
Ahí llega el Rey nuestro padre.

EL REY

Quiero que veáis al Duende enredador y travieso, que deshoja las rosas en mis jardines reales; que cuando pasa la Reina, sacude sobre su cabeza las ramas mojadas de los árboles; que en las cámaras de mi palacio se esconde para fingir un eco burlesco, y que en lo alto de la chimenea se mofa con una risa hueca, que parece del viento, cuando me reúno en consejo con mis ministros. En los parques reales lo cazó mi jardinero, á quien acabo de recompensar con un título de nobleza. Y en memoria de este día, tan fausto en mi reinado, mandaré grabar una medalla.

EL PRIMER MINISTRO

Oh, Rey, mejor sería un sello de correos. Sirve


como la medalla de conmemoración y aumenta las restas del Tesoro.

EL REY

No había pensado en ello. En cuanto á los Príncipes, mis hijos, quiero asociarlos á esta alegría de mi pueblo, como padre y como Rey. Príncipe Pompón, tuyo es mi caballo. Príncipe Ajonjolí, tuyo es mi manto de armiño. Príncipe Verdemar, tuya es mi espada.

LOS PRINCIPES

Gracias, señor.

EL REY

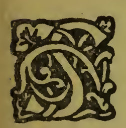
Pedid á la Reina la llave del torreón.

EL PRIMER MINISTRO

Señor, la puerta está franca.

EL REY

¡Cómo! ¿Quién fué el traidor que dió libertad al Duende?



EÑORA Reina acude llorando. Con el hipo que trae, la corona le baila en la cabeza. El azor que lleva en el puño abre las alas, el lebrel que lleva al costado se desata en ladridos. Y saca la lengua acezando, el paje que le sostiene la cola del manto real.

LA REINA

¡Me han robado la llave! ¡Me han robado la llave! ¡Hay traidores en el palacio! ¡Estamos como en Rusia!

EL REY

¡Peor que en Rusia, porque aquí no hay policía! Quisiera yo ahora comerme el corazón crudo y sin

sal del que ha dado suelta á mi presa. ¡Vamos! Avisad á mi médico para que me sangre.

*OS Señores Reyes se parten con el cortejo de sus palaciegos. Señor Rey lleva la cara bermeja como si acabase de abandonar los manteles. Señora Reina no cesa de hipar haciendo bailar la corona. Se quedan á solas los tres Príncipes.*

EL PRINCIPE POMPON

¡Buen regalo me ha hecho mi padre! Un rocín con esparabanes, que no resiste encima el peso de una mosca.

EL PRINCIPE AJONJOLI

¡Pues á mí con su manto sudado en cien fiestas reales!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Yo estoy contento con mi espada.

EL PRINCIPE POMPON

¡Como que no tiene ni una mella!

EL PRINCIPE AJONJOLI

Mal podía tenerla no habiendo salido de la vaina. ¿Quieres cambiármela por el manto?

EL PRINCIPE VERDEMAR

No, hermano mío.

EL PRINCIPE POMPON

¿A mí por el caballo?

EL PRINCIPE VERDEMAR

No.

EL PRINCIPE AJONJOLI

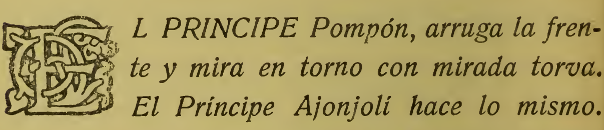
¿Por el manto y un sayo nuevo?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Me la dió mi padre, y no la cambio por nada del mundo.

EL PRINCIPE POMPON

Tú no tienes derecho á ningún regalo del Rey. Cuando sepa que has dado libertad al Duende, te degollará con esa misma espada que ahora no quieres cambiarme por el caballo.

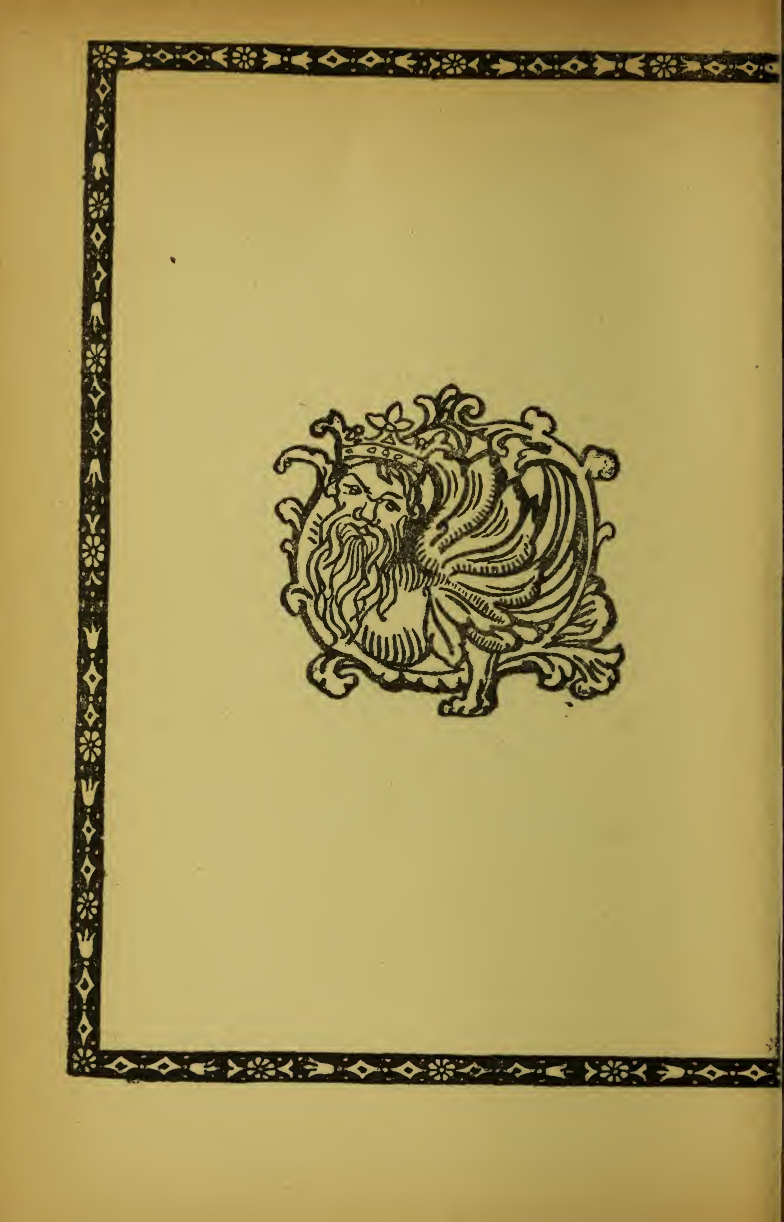


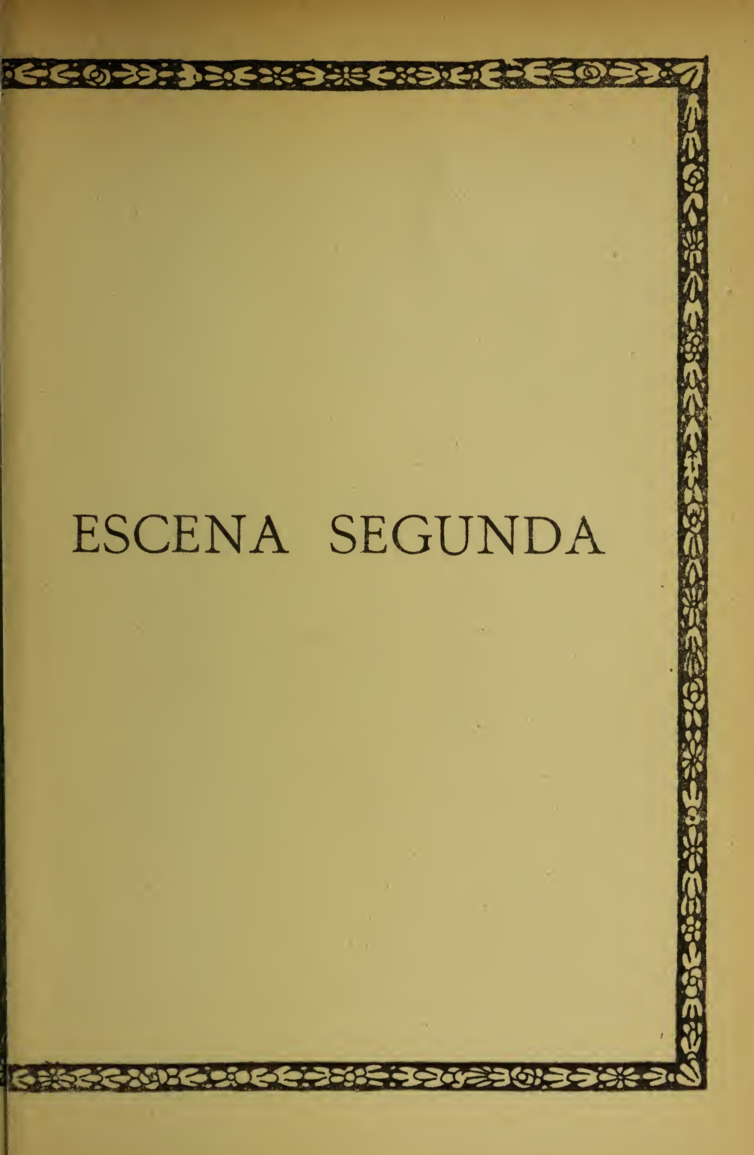
EL PRINCIPE Pompón, arruga la frente y mira en torno con mirada torva. El Príncipe Ajonjolí hace lo mismo. Los dos cambian una mirada á hurto de su hermano, y se van. El Príncipe Verdemar queda solo y suspira contemplando el azul.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Mis hermanos me delatarán, y mi padre se comerá mi corazón crudo y sin sal. Debí haber dejado que se llevasen la espada. Tendré que huir de este palacio donde he nacido. Sólo siento no poder besar las manos de mi madre, y decirle adiós... ¡Y pedirle algunos doblones para el viaje!







ESCENA SEGUNDA





NA venta clásica en la encrucijada de dos malos caminos. Arde en el vasto lar la lumbrada de urces y tojos. En la chimenea ahuma el tasajo, en el pote cuece el pernil, la maritornes pela una gallina que cacarea, el mastín roe un hueso, y el ventero, con su navaja de á tercia, pica la magra longaniza. Se albergan en la

venta un príncipe y un bufón. El azar los ha juntado allí, y ellos han hecho conocimiento.

EL VENTERO

Date prisa, Maritornes. Sirve á estos hidalgos. ¿Qué desean sus mercedes?

EL BUFON

¡Beber y comer!

EL VENTERO

¿Está repleta la bolsa?

EL BUFON

Está vacía la andorga. ¿Cuándo has visto tú que estuviese repleta la bolsa de un pobre bufón que sólo espera poder embarcarse para las Indias?

EL VENTERO

¿No estabas al servicio de la hija del Rey Micomicón?

EL BUFON

¡Pobre señora mía!

EL VENTERO

¿Se ha casado?

EL BUFON

Hace tres días que toda la Corte viste por ella de luto.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Cómo puede ser estando viva? Yo la he visto pasear en los jardines de su palacio, y quedé maravillado de tanta hermosura.

EL BUFON

Bien se advierte que sois nuevo en este reino, y no tenéis noticia de la presencia del Dragón. Hace tres días que ruge ante los muros de la ciudad pidiendo que le sea entregada la Señora Infantina.

Salieron á combatirle los mejores caballeros, y á todos ha vencido y dado muerte.

EL VENTERO

El Dragón es animal invencible, y salir á pelear con él, la mayor locura.

EL BUFON

Por eso yo, antes de verme en tal aprieto, dejo el servicio de la Señora Infantina y me embarco para dar conferencias en las Indias.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Pues á ti no te estaría mal salir con tus cascabeles á pelear con el Dragón. ¿No eres loco? No has vivido de decir locuras, en la Corte.

EL BUFON

De decirlas, pero no de hacerlas, amigo mío. Hacerlas es negocio de los cuerdos. Los bufones somos como los poetas.

EL PRINCIPE VERDEMAR

A fe que no alcanzo la semejanza.

EL BUFON

Un poeta acaba un soneto lleno de amorosas quejas, la mayor locura sutil y lacrimosa, y tiene á la mujer en la cama con la pierna quebrada de un palo. Aparenta una demencia en sus versos, y sabe ser en la vida más cuerdo que un escribano. ¿Ves ahora la semejanza? Pues aún hay otra. Cuando la música de los versos, y la música de los cascabeles, no basta aquí para llenar la bolsa, bufones y poetas nos embarcamos para dar conferencias en las Indias.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Tú piensas presentarte con tal sayo, en esas tierras lejanas? Procura llegar en Carnaval, que si no habrán de seguirte tirándote piedras.

EL BUFON

Sería una manera de anunciarme. Pero este vestido solamente pienso llevarlo en tanto no ahorre para otro. ¡Salí del palacio sin cobrar mi soldada de todo un año!

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Tanto enojo causaste con tu despedida á la Infantina? Lo comprendo, porque fué ingratitud muy grande dejarla cuando más necesitaba que la divirtieses con tus burlas y donaires.

EL BUFON

¿Imaginas que hay burlas capaces de divertir á quien espera la muerte entre los dientes de un terrible Dragón? Los bufones somos buenos para la gente holgazana y sin penas. Yo lo aprendí pronto, y sólo después de los banquetes dije donaires en el palacio del Rey Micomicón. Si corriste mundo, ha-

brás visto cómo en España, donde nadie come, es la cosa más difícil el ser gracioso. Sólo en el Congreso hacen allí gracia las payasadas. Sin duda, porque los padres de la patria comen en todas partes, hasta en España. Por lo demás, si no cobré mis salarios fué por estar vacías las arcas reales.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Tan mal anda el noble Rey Micomicón?

EL BUFON

¡Gasta mucho esa gente!



SOMA en la puerta de la venta un ciego de los que la gente vieja aún llama evangelistas, como en los tiempos de José Bonaparte: Antiparras negras, capa remendada, y bajo el brazo gacetas y romances: De una cadenilla un perro sin rabo, que siempre tira olfateando la tierra.

EL CIEGO

¿Adónde estás, Bertoldo?

EL BUFON

Acá, compadre Zacarías.

EL CIEGO

¿Estás solo?

EL BUFON

Solo con un amigo que me hace la merced de pagarme la cena. Acércate.

EL CIEGO

Llama al perro para que me guíe.

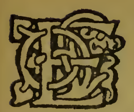
EL BUFON

¿Cómo se llama tu perro?

EL CIEGO

De varias maneras. La mejor es llamarle enseñándole una tajada.




L BUFÓN toma de su plato un hueso casi mondo, y lo levanta en el aire como un trofeo. El can comienza por mover el muñón del rabo, y se lanza á tirar de la cadena, la boca abierta en grande y famélico bostezo.

EL BUFON

Toma, Salomón.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Maritornes, añade un cubierto para este nuevo amigo.

EL CIEGO

¡Gracias, generoso caballero!

EL BUFON

¡Compadre Zacarías, tu perro ha sido hombre al- alguna vez!

EL CIEGO

Nunca me lo ha dicho.

EL BUFON

Pues al ver la tajada hizo tales demostraciones... ¡Ó será que todos los hombres primero han sido perros!

*A MARITORNES pone en la mesa el cordero que humea y colma la fuente de loza azul, tamaña como un viejo carcamán, y esportillado.*

LA MARITORNES

Aquí está el cordero.

EL CIEGO

¡Buen olor despide!

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿No pensabas hallar tan buena mesa?

EL CIEGO

Cierto que no.

EL BUFON

Este es el ciego que vende las gacetas públicas en el palacio del Rey Micomicón.

EL CIEGO

Que las vendía, compadre Bertoldo. Era oficio tan ruín, que apenas daba para malcomer, y lo he dejado. Los reyes no pagan nunca á quien les sirve. Encomiendan á los cortesanos esas miserias, y los cortesanos las encomiendan á los lacayos, y los lacayos cuando llegas á cobrar salen con un palo levantado.

EL BUFON

De ese mismo paño tengo yo un sayo, compadre Zacarías. ¿Y cómo es hallarte en esta venta?

EL CIEGO

He venido á esperar el navío que sale para las Indias.

EL BUFON

¿Se quebró la soga del perro y buscas una longaniza para atarlo? Haces bien. Yo también espero el navío para las Indias.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Se despuebla el reino de Micomicón. Por todos los caminos hallé gente que acudía á esperar ese navío. Sólo quedarán aquí los viejos y los inútiles.

EL BUFON

¡Los viejos! ¡Los inútiles! ¿Qué locuras estás di-

ciendo? En otro tiempo algunos hubo, pero ahora se ha dado una ley para que los automóviles los aplasten en las carreteras. ¿De qué sirve un viejo de cien años? ¿De qué sirve una vieja gorda? ¿Y los tullidos que se arrastran como tortugas? Ha sido una ley muy sabia, que mereció el aplauso de toda la Corte. Así se hacen fuertes las razas. Tú es posible que no lo halles bien, porque eres un sentimental. Lo he conocido desde el primer momento, en cuanto me convidaste á cenar. ¡Eres un sentimental!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Te convidé porque quiero pedirte nuevas de la Infantina.

EL BUFON

¡Ja!... ¡Ja!... Un sentimental. ¿Qué dices tú, compadre Zacarías?


EL CIEGO

¡Un sentimental!

EL PRINCIPE VERDEMAR

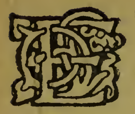
A ti te convidé, porque jamás contemplaste á la princesa, y su hermosura no puede moverte. El bien que tú digas de ella no nacerá del encanto de tus ojos. ¡Ojalá todos los que hablan de una mujer cegasen antes de verla, que así sería más cuerdo el juicio y habría menos engañados! Yo la vi un momento pasar entre los laureles del parque real, y sólo con verla nació en mí el deseo de vencer al Dragón.

EL CIEGO

Dicen que sólo con una espada de diamante podría dársele muerte.

EL BUFON

Y ello es declararle inmortal, porque no existen espadas tales.



NTRA un famoso rufián que come de ser matante, y cena de lo que afana la coima guiñando el ojo á los galanes, cuando se tercia. La coima viene con él.

EL BRAVO

¿Es aquí donde se cena de balde? Siéntate, Geroma.

GEROMA

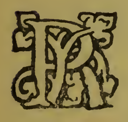
Dile á esos que me dejen sitio, Espandián.

EL BRAVO

¡Hola! Bergantes, haced un puesto á mi dama.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Una silla para la Señora Geroma.



EMEDANDO los modos de la Corte, el bufón ofrece una silla á la Señora Geroma. Espandián alarga su terrible brazo, y la toma para sí, afirmándola en el suelo con un

golpe que casi la esportilla, y mirando en torno retador. Cuando va á sentarse, el Príncipe Verdemar le derriba la silla. Da una costalada el matante y se levanta poniendo mano al espadón.

EL BRAVO

¿Son éstas chanzas ó veras?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Veras y muy veras, Señor Espandián.

EL BRAVO

Está bien, porque de chanzas tan pesadas no gusta el hijo de mi madre.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Señora Geroma, aquí está vuestra silla.

GEROMA

Gracias, gentil caballero.

EL BRAVO

¿Y mi silla, dónde está?

EL PRINCIPE

Sólo aquellos que yo convido tienen puesto en mi mesa, Señor Espandián.

EL BRAVO

Yo tengo puesto en todas partes, porque mi espada me lo asegura.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Que tu espada te lo asegure, no es cosa probada. Que tu insolencia te lo quita, es cosa cierta.

EL BRAVO

¡Tú quieres que riñamos!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Eso lo dejo á tu capricho. En todo caso sería después de haber servido á la Señora Geroma.

EL BUFON

El favor que se hace á la Señora Geroma lo re-

cibe el Señor Espandián, y no será tan ingrato que quiera pagarlo con una estocada.

GEROMA

Espandián, marido mío, deja quieta la tajante. Repara con cuánta cortesía me trata este caballero, y muéstrate agradecido.

EL BRAVO

Porque reparo cómo te escancian de beber y te colman el plato, hablo así. ¿Dónde ha nacido ese uso bárbaro de que coma la mujer y ayune el marido? ¿Es de la Grecia? ¿Es de la Roma? ¿Es de las tierras de Oriente? ¡No! Es de una región salvaje, para mí desconocida, y para ti también, Geroma. Y si este caballero quiere implantar aquí tan afrentosos usos, yo se lo estorbaré con mi espada. Geroma, ese plato es mío, ese vaso es mío, esa silla, mía también.

GEROMA

¿Por qué?

EL BRAVO

Porque tú eres mía, según la epístola de San Pablo.

GEROMA

¡Deja el vaso!

EL BRAVO

Ya te dije que es mío.

GEROMA

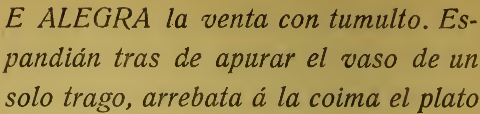
¡Dame el plato!

EL BRAVO

Ya te dije que es mío.

GEROMA

¡Borracho, rufián, apaleamujeres!

E ALEGRA la venta con tumulto. Espandián tras de apurar el vaso de un solo trago, arrebata á la coima el plato lleno de cordero y pringue. La Señora Geroma saca las uñas, arañándole la cara, y el rufián, puesto en pie, le escacharra el plato en mitad de la cabeza.

ESPANDIAN

Geroma, á mí puedes arañarme. Un hombre como yo conoce lo que son señoras. ¡Pero cuida de no decir una sola palabra ofensiva para mi honor!

GEROMA

¡Vuélveme el plato!

EL BUFON

A una mujer se la mata, pero no se la falta. Seguro estoy de que se hallaría más conforme con que le hubieses quitado la vida, la Señora Geroma.

GEROMA

¡Qué hablas tú, cara de antruejo!

EL BUFON

Hablo en vuestra defensa, Señora Geroma.

EL BRAVO

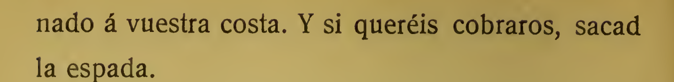
Yo basto para su defensa. Geroma, quédate siempre en las palabras, que por ser tuyas no me ofenden. Pero la mujer debe obediencia al marido, y si lo olvidas, he de recordártelo, no por mí, sino por la devoción que tengo al Santo Apóstol San Pablo.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Cesad en vuestro llanto, Señora Geroma, y decid á vuestro marido que yo le pagara la cena si fuera mayor su cortesía.

EL BRAVO

Con poca ó mucha cortesía ya veis cómo he ce-



nado á vuestra costa. Y si queréis cobraros, sacad la espada.



ERRIBANDO la silla se levanta Espandián, y con la capa revuelta al brazo, á guisa de broquel, y la espada en la mano, toma campo en mitad de la cocina. El Príncipe pone también mano á su espada. Riñen con mucho estruendo, y el Príncipe Verdemar hiere á Espandián. El perro del ciego, en un rapto de risa, se muerde el rabo.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Ya te has cobrado.

EL BRAVO

Ya puedes decir que eres un valiente. Dame la mano. Cruzaste noblemente tu acero con Espandián, y no te guardo rencor. Claro está que yo no

desenvolví todo mi juego. Eres tan niño, que al ver tu cara de arcángel me entraba no sé qué compasión, y parecía que el brazo se me quedaba sin fuerza. Habrás visto que por dos veces pude matarte: Una de un bote recto, otra de una flanconada.

GEROMA

En mitad del corazón he recibido yo esa estocada. Vos no sabéis, señor, el genio de este hombre cuando está herido. Veis mis carnes tan blancas, serán de negro terciopelo mañana.

EL BUFON

Tiene la herida en el brazo, Señora Geroma.

GEROMA

¡Ay! Mi Espandián es ambidiestro.

EL BRAVO

Este joven caballero ha visto que le perdoné la

vida, y me hará la merced de prestarme algunos doblones para curarme.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Ni las tretas de vuestra espada, ni vuestras palabras, tienen poder para abrir mi bolsa. Si estáis arrepentido de haberme perdonado la vida, podéis cobraros volviendo á reñir, puesto que sois ambidiestro.

EL BRAVO

¡Volveremos á reñir! ¡Te abriré la sepultura con mi espada!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Vamos á verlo.

EL BRAVO

Ahora, no. Ya sabrás de mí. Cuéntate con los muertos.

*L ABRIRSE la puerta de la cocina para dejarle paso, se ve la noche azul, y una gran luna sangrienta. Sale arrastrando de un brazo á la coima.*

EL CIEGO

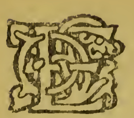
Volverá, no lo dudéis. Es el jefe de una banda de malhechores, y volverá con sus compañeros. Si queréis salvar la vida, debéis huir.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Ya habéis visto que sé defenderme con la espada en la mano.

EL BUFON

Pero contra el número nada puede la destreza. ¿No habéis oído un silbido? Es la señal para reunir á su gente. Atrancad, Maese Trabuco.



L VENTERO avizora desde la puerta, en la oscuridad de la noche, y luego con las manos temblonas cierra y pone la tranca. La Maritornes bate los dientes apretando los ojos. Dos gallos cacarean en la caponera, rosman el gato y el perro, y el bufón, como un perlático, hace sonar sus mil cascabeles.

EL VENTERO

Se divisan bultos de embozados, que se ocultan en el quicio de las puertas. En cuanto pongáis el pie fuera de estos umbrales, os matarán.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Y pensáis que habré de encerrarme aquí como en un castillo encantado? Vamos á fuera.

EL VENTERO

En ese caso, dejad saldada nuestra cuenta.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Toma.

LE ARROJA una bolsa llena de oro. El ventero la recoge en el aire haciendo una pirueta. Va el Príncipe á salir, y el Bufón se le pone delante abriendo los brazos.

EL BUFON

A un caballero tan generoso, que nos ha pagado la cena de esta noche, y que puede pagarnos la de otras, yo no le consiento que vaya á morir como una res.

EL CIEGO

Ni yo.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Dejadme.

EL BUFON

Si quieres salir puedes hacerlo con un disfraz.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Dejadme os digo.

EL CIEGO

Una cosa es ser valiente y otra ser temerario.

MARITORNES

¡Qué dolor, un caballero tan joven y tan bien parecido!

EL VENTERO

Tomad un disfraz, como os aconseja el compadre Bertoldo.

EL BUFON

¿Ves esta criba? Así te pondrán la piel.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Abrid la puerta. Veréis cómo mi espada me asegura el camino.

MARITORNES

¡Gentil caballero, por qué no tomáis un disfraz como os aconsejan vuestros amigos! ¿Queréis mi basquiña?

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Jamás!

EL BUFON

Tomad mi traje de bufón. ¡Siempre que me dejéis el vuestro!

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Sea! Tal vez tu traje me ayude en mis designios.

EL VENTERO

Entrad ahí.


ESAPARECEN por un arco que hay en el muro, y casi al mismo tiempo se oye fuera el rumor de los brigantes que manda Espandián. A poco llaman en la puerta con el pomo de los puñales.

EL BRAVO

¡Maese Trabuco!

EL VENTERO

¿Quién va?

EL BRAVO

¡Abrid con mil diablos!

EL VENTERO

¿Quién va, digo?

EL CIEGO

¡Espandián con su gente! ¡El Juicio Final!

EL BRAVO

Derribad la puerta, amigos míos.

EL VENTERO

Esperad. ¿Sois el Señor Espandián?

EL BRAVO

Al fin reconoces mi voz, bergante.

EL VENTERO

Pero porqué no decíais vuestra gracia. Esperad, que voy por la llave. ¡Daos prisa vosotros!



BRE la puerta. Entra Espandián con su banda: Todos miran de través: Unos se tuercen el mostacho, otros se llevan la mano al puño de la espada, otros permanecen en la sombra, con el embozo á los ojos. Espandián se adelanta. Y á todo esto el Príncipe Verdemar se

desliza pegado al muro, vestido de bufón: Hace una reverencia y sale á la noche quimérica y azul, bajo la cara chata de la luna. Maritornes suspira.

EL BRAVO

¿Dónde está ese tocino del cielo?

EL VENTERO

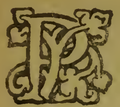
¿Dónde está ese mozuelo atrevido? Llámale, Maritornes. Que pague mi cuenta, y luego la suya al Señor Espandián.

MARITORNES

¡Caballero, salid! Acá os buscan. ¿Para qué digo que le buscáis?

EL BRAVO

Para una urgencia. Pero yo iré á sacarle de su escondite.

 *ASA bajo el arco, Espandián, con la espada desnuda, y sale trayendo suspendido del cuello al Bufón, que aparece en pernetas, con calzones de franela amarilla. Entre las manos del bufón cuelga lacio el vestido del Príncipe Verdemar.*

EL BUFON

Me habéis salvado la vida, Señor Espandián. Poco faltó para que ese mozuelo me pasase con su espada. Al pecho me la puso para que le entregase mi sayo. ¡Y no paró ahí! Quiso obligarme á que me pusiese su vestido, para que me confundieseis con él y me mataseis. Me habéis salvado, Señor Espandián. ¡Dejadme que os bese las manos!

EL BRAVO

No sé porqué, pero todo lo que cuentas se me antoja una fábula. ¡Ay de ti si fuiste cómplice en el engaño! Venga ese traje.

EL BUFON

Dejad que me lo ponga. Ya deshecho el engaño no hay reparo...

EL BRAVO

Venga, digo.

EL BUFON

¿Me dejaréis morir de frío? Ya me he resfriado.



BRE la boca con un gran estornudo, y hace la santiguada. El matante pasa á las manos de la coima el vestido del Príncipe Verdemar. La Señora Geroma remira los calzones al trasluz.

GEROMA

Algo pasado está. Pero yo te lo dejaré como nuevo.

EL BUFON

¡Maritornes, quieres prestarme tu basquiña?

MARITORNES

Sólo tengo la puesta.

EL BUFON

¿No te da compasión de verme temblar?

MARITORNES

Acercaos al fuego.


ALTA sobre el hogar y se sienta en la boca del pote, embullando y farsando para desarrugar el ceño del matante. Las risas resuenan bajo la gran campana de la chimenea. Se oye fuera un pregón.

EL BRAVO

¿Qué anuncia ese tambor?

GEROMA

¿Será el pregón de tu cabeza, Espandián?

EL BUFON

Entonces me haríais el favor de dejarme el vestido.

EL PREGONERO

¡Oid! El Poderoso Rey Micomicón hace saber á todos, caballeros y villanos, que aquel que diese muerte al Dragón, salvando la vida de la Señora Infantina, será con ella desposado. El poderoso Rey Micomicón dará en dote la mitad de su reino á la Señora Infantina.

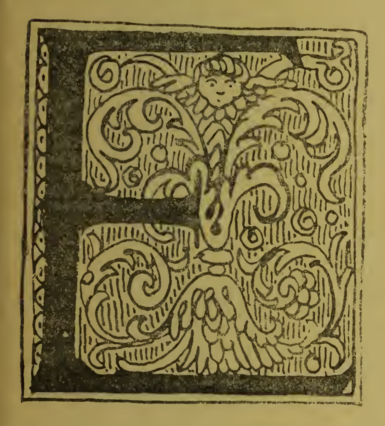
EL BRAVO

He ahí una empresa digna de mi brazo. Geroma, tendré que repudiarte.



ESCENA TERCERA





N UN jardín del Palacio del Rey Micomicón. Jardín con rosas y escalinatas de mármol, donde abren su cola los pavos reales. Un lago, y dos cisnes unánimes. En el laberinto de mirtos, al pie de la fuente, está llorando la hija del Rey. De pronto se aparece á sus ojos, disfrazado de bufón, el Príncipe Verdemar.

VI

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Señora Infantina!

LA INFANTINA

¿Quién eres?

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Porqué me preguntas quién soy, cuando mi sayo á voces lo está diciendo? Soy un bufón.

LA INFANTINA

Me cegaban las lágrimas, y no podía verte. ¿Qué quieres, bufón?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Te traigo un mensaje de las rosas de tu jardín real. Solicitan de tu gracia que no les niegues el sol.

LA INFANTINA

El sol va por los cielos, mucho más levantado que el poder de los reyes.

EL PRINCIPE VERDEMAR

El sol que piden las rosas es el sol de tus ojos. Cuando yo llegué ante ti, señora mía, los tenías nublados con tu pañolito.

LA INFANTINA

¿Qué pueden hacer mis ojos sino llorar?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Por unos soldados supe tu desgracia. Dijeron también que estabas sin bufón, y aquí entré para merecer el favor de servirte. Ya sólo para ti quiero agitar mis cascabeles, y si no consigo alegrar la rosa de tu boca, permíteme que recoja tus lágrimas en el cáliz de esta otra rosa.



E UN rosal todo florido y fragante que mece sus ramas al viento, el Príncipe Verdemar corta la rosa más hermosa y se la ofrece á la Infantina, arrodillado ante ella, recordando á un bufón de Wateau.

LA INFANTINA

¿Para qué?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Para beberlas.

LA INFANTINA

¿Has probado alguna vez las lágrimas, bufón? ¡Son muy amargas!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Divino licor para quien tiene por oficio decir donosas sales.

LA INFANTINA

¿Pero en verdad eres lo que representa tu atavío?

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Por qué lo dudas?

LA INFANTINA

Porque tienen tus palabras un son lejano que no

cuadra con tu caperuza de bufón. ¿Hace mucho que llevas los cascabeles?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Desde que nací. Primero me cantaron en el corazón, después florecieron en mi caperuza.

LA INFANTINA

Yo tuve un bufón, que me abandonó poco hace. No se parecía á ti.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Todos los bufones somos hermanos, pero una misma canción puede tener distintas músicas. ¿Quieres tomarme á tu servicio, gentil señora? Mis cascabeles nunca te serán importunos. Si estás alegre, repicarán á gloria: Si triste, doblarán á muerto. Los gobernaré como gobierna las campanas un sacristán.

LA INFANTINA

Poco tiempo durarías en mi servicio.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Poco?

LA INFANTINA

Si conservas esta rosa, puede durar más tiempo en tus manos. ¡Hoy es el día de mi muerte! Para salvar el reino debo morir entre las garras del Dragón.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Conservaré la rosa hasta mañana.

LA INFANTINA

Bufón mío, prométeme que irás á deshojarla sobre mi sepultura.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Tú no morirás, Infantina. Mañana cortarás en este jardín otra rosa para tu bufón, que te saludará con la más alegre música de sus cascabeles de oro.

LA INFANTINA

Aunque esté bajo tierra creo que los oiré. ¡Qué divino son tienen tus cascabeles!



E VA la Infantina, y el Príncipe Verdemar la mira alejarse por los tortuosos senderos del laberinto, como perdida ó encantada en él. En el fondo escavado de un viejo roble, canta el Duende.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Princesa de mis sueños, moriré en la demanda ó triunfaré del Dragón!

EL DUENDE

¡Me diste libertad,
Mi paloma real!
¡Palomita que vuelas tan alto,
Sin miedo del gavilán!

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Ah! ¡El Duende! Le llamaré en mi auxilio. Afortunadamente conservo el anillo que me dejó cuando le abrí la puerta del torreón.

EL DUENDE

Aquí estoy, príncipe mío. ¿Qué deseas?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Tu ayuda para triunfar del Dragón.

EL DUENDE

Ven conmigo. Tendrás la espada de diamante.



ESCENA CUARTA





N BOSQUE de mil años, en el reino del Rey Micomicón. La señora Infantina aparece entre un largo cortejo de damas y meninas, pajes y chambelanes. El Maestro de Ceremonias anda entre todos batiendo el suelo con su porra de plata. En los momentos de silencio, meninas y pajes, damas y chambelanes accionan con

el aire pueril de los muñecos que tienen el movimiento regido por un cimbel. Saben hacer cortesías y sonreir con los ojos quietos, redondos y brillantes como las cuentas de un collar.

LA INFANTINA

¡Dejadme aquí!

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¡Imposible, Señora Infantina!

LA INFANTINA

¡Ved que no puedo más!

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

Imposible acceder á vuestro ruego.

LA INFANTINA

¡Sois cruel, Señor Maestro de Ceremonias! ¿Decidme al menos cuánto falta de camino?

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

Yo no puedo decíroslo con certeza. Unos aldea-

nos á quienes antes interrogué me dijeron que la carrera de un galgo.

LA INFANTINA

¡Qué camino tan penoso!

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¡Un poco de ánimo! El paraje donde el Dragón se come á las princesas ya no puede hallarse muy distante. ¡La carrera de un galgo no es gran cosa!

LA INFANTINA

¡Estoy desfallecida!

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

Descansad un momento.

LA INFANTINA

¡No puedo dar un paso! ¿Porqué no me dejáis aquí, Señor Maestro de Ceremonias?

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¡Imposible, Señora Infantina! ¡La etiqueta establece que seáis entregada al Dragón en la Fuente de los Enanos. ¡Es el uso desde hace dos mil años! La Corte del Rey vuestro padre mantiene en vigor las prácticas del buen Rey Dagoberto, y por la décimaquinta se establece que cada vez que el Dragón se presente á reclamar una princesa, ésta le sea llevada á la Fuente de los Enanos! ¡No podemos romper una tradición tan antigua!

LA INFANTINA

¡Por lo mismo que es antigua, Señor Maestro de Ceremonias!

LA DUQUESA

Casi estoy por darle la razón á mi Señora la Infantina. Ya sabéis que soy severísima en cuanto atañe á la etiqueta, pero ahora me siento compade-

cida. Si el Dragón es el soberano del bosque, poco puede importarle que la Señora Infantina le sea entregada en la Fuente de los Enanos ó en otro paraje de sus dominios!

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¡Mentira me parece oir eso de vuestros labios, Duquesa! ¡Vos educada en la etiqueta del gran siglo!

LA INFANTINA

Pero toda nuestra etiqueta, Señor Maestro de Ceremonias, la guardáis para el Dragón. ¡Para mí, que me veis rendida de cansancio, ni etiqueta ni compasión!

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

Yo sigo los usos tradicionales de la Corte.

LA DUQUESA

Amigo mío, consultad si hay precedentes de que

otra Infantina se haya fatigado en el camino como nuestra señora, y ved lo que se ha hecho entonces.

LA INFANTINA

¡Ya os digo que no puedo andar! Con precedentes ó sin ellos aquí me siento y de aquí no me muevo.

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¡Estas maneras, Duquesa, no las habréis visto en el gran siglo!

LA DUQUESA

En todo tiempo, amigo mío, hubo niñas voluntoriosas y mimadas.

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¿Qué hacéis Señora Infantina?

LA INFANTINA

Descansar á mi gusto, Señor Maestro de Ceremo-

nias. Voy á morir para salvar al reino de ser destruído, no para que vos hagáis alarde de vuestra ciencia como Maestro de Ceremonias. Todos reconocemos vuestra erudición. Sois en el reino de mi padre el más sabio de los tontos. Pero yo soy una niña que sólo sabe morir por salvaros á todos. Nunca he leído las pragmáticas del Rey Dagoberto, y no es cosa de que en este momento me aburráis con ellas.

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¿Qué le diremos al Rey vuestro padre? ¿Qué disculpa le daremos?

LA INFANTINA

Llevadle mis escarpines y decidle que me hacían tanto daño que no podía andar con ellos.

LA DUQUESA

¡Una idea! Haced lo que os dice la Señora Infan-

tina y entablad una reclamación contra el zapatero. Eso podría arreglarlo todo.

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

No habrá otro remedio que considerarlo caso de fuerza mayor.

LA DUQUESA

Dadme á besar vuestras manos, niña mía. Dejad que os llame así esta última vez que nos vemos. No debías ser, no, la primera en partir del mundo. ¡Ah, quién pudiera morir por vos!

LA INFANTINA

¡Adiós, Duquesa! Decidle al Rey mi padre que muero contenta porque salvo á su reino.

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

No me guardéis rencor, Señora Infantina, y dadme también las manos á besar.

LA INFANTINA

Con toda mi alma. Si ahora me habéis mortificado, no puedo olvidar que cuando niña me habéis divertido enseñándome la pavana y el minué. Pero si el Cielo alarga tanto vuestra vida, que podáis conducir otra princesa como tributo al Dragón, recordad que hay precedentes, y que no es preciso llegar á la Fuente de los Enanos.

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

La pena de no ver á mi Señora la Infantina me matará este invierno.

LA DUQUESA

¡Adiós, mi niña adorada!

LA INFANTINA

¡Adiós!

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

Vamos, Duquesa, que si la noche nos coge en el bosque no sabremos salir.

LA DUQUESA

¿Hay lobos?

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¡Siempre hay lobos en los bosques!

LA DUQUESA

¡Y no lleváis armas!

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

Llevo el Discurso de la Corona. ¿No sabéis que los lobos se ahuyentan con la música?

LA DUQUESA

Niña mía, perdona que te deje con tal premura, pero ya comprendes cómo tendría que morirme de vergüenza si la noche me cogiese sola en el bosque con el Señor Maestro de Ceremonias. Vamos.

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

Os daré la mano.

LA DUQUESA

¡Gracias! ¿Lleváis los chapines de la Infantina?

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¡Aquí los llevo! En estos momentos supremos no he querido contradecir á la pobre niña, pero los usos tradicionales no pueden cambiar, porque en esta ocasión, única en dos mil años, no hayamos llegado á la Fuente de los Enanos.

LA DUQUESA

¿Vos no aceptáis que sea un precedente?

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¡De ninguna manera! Podría serlo, en todo caso, para modificar la forma de los escarpines haciéndolos más cómodos para caminar por estos andurria-

les, pero de ninguna manera para modificar una pragmática del buen Rey Dagoberto.



A INFANTINA queda sola en el bosque, sentada al pie de un árbol lleno de nidos y de cantos de ruiseñor. Damas y chambelanes, meninas y pajes se retiran lentamente. Con sus ojos de porcelana y sus bocas pueriles, tienen un aire galante y hueco de maniquíes.

LA INFANTINA

¡Guerreros soberanos de mi estirpe! ¡Reyes y Reinas! ¡Blancas Princesas, como yo sacrificadas á la furia del monstruo! ¡Dadme el aliento para saber morir! Me cubriré con mi manto. ¡No quiero que puedan ver el miedo en mi rostro ni aun los pájaros del cielo!





PARECE el Rey Micomicón, la melena al viento. Es un gigante de cien años, con largas barbas como el viejo Emperador Carlomagno. Camina desorientado, y al ver á su hija, la Señora Infantina, da un gran grito.

EL REY MICOMICON

¡Hija! ¡Al fin te encuentro!

LA INFANTINA

¿Cómo estáis aquí, padre mío?

EL REY MICOMICON

He salido del palacio disfrazado. Vengo para salvarte. ¡Oh, qué zozobras he sentido al correr este bosque sin hallarte por parte alguna! ¡Creía llegar tarde! ¡Vamos, hija mía! Cerca de aquí me espera tu paje fiel, con un caballo.

LA INFANTINA

No tengo chapines, padre mío.

EL REY MICOMICON

¡Oh, qué niña loca! Te llevaré en brazos.

LA INFANTINA

¿Adónde, padre mío?

EL REY MICOMICON

A una tierra lejana y feliz donde no haya monstruos. Para salvarte, renuncio mi corona.

LA INFANTINA

Y vuestro reino todo será abrasado por los ojos del Dragón. ¡No, padre mío!

EL REY MICOMICON

Entonces ya no sería mi reino, hija querida.

LA INFANTINA

Yo quiero salvar á todos los que una vez besaron mis manos como Infantina. ¡Dejad, señor, que se cumpla mi destino de flor que deshoja el viento!

EL REY MICOMICON

¡Qué triste fin el de mi reinado!

LA INFANTINA

¡Volved al palacio, señor! Haced feliz á vuestro pueblo. Ahora que sois desgraciado podréis conseguirlo mejor, que son los ojos más clementes los que miran llenos de lágrimas. Apartaos las barbas con la mano, para que os pueda besar.

EL REY MICOMICON

¡Adiós, hija mía, Blanca Flor!

LA INFANTINA

¡Adiós, padre mío!

EL REY MICOMICON

¡Nunca pensé que pudiese recorrer un camino tan lleno de espinas, siendo Rey!



E ALEJA el Rey por aquel bosque antiguo, lleno de ecos como un sepulcro. Camina despacio y con anhelo, sacudida la espalda por los sollozos. Aparece el Príncipe Verdemar, con una armadura resplandeciente, á semejante un Arcángel.

LA INFANTINA

¡Pobre patriarca sin prole, parece un mendigo con la melena al viento!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Princesa de mis sueños, soy un enamorado de tu hermosura y vengo de lejanas tierras para vencer al Dragón.

LA INFANTINA

El Dragón es invencible, noble caballero.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Si fuese como dices, bastaría para mi gloria dar la vida en tu defensa. ¡Ya está ahí el Dragón!



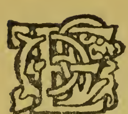
YESE el vuelo del Dragón rompiendo las ramas de los árboles y asustando á los pájaros. Es un monstruo que tiene herencia de la serpiente y del caballo, con las alas del murciélago.

LA INFANTINA

Yo no quiero que tan noble vida se aventure en una muerte cierta. Huid, generoso paladín.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Son hermanos tu destino y mi destino. Sea una nuestra suerte, y la estrella de la tarde, que ahora nace en el cielo, vea nuestra desgracia ó nuestra ventura.



L PRINCIPE Verdemar pelea con el Dragón. La boca del monstruo descubre siete hileras de dientes. Hay un momento en que el paladín siente desmayar su brío. Pero le anima el sentimiento divino del amor, y levantando á dos manos la espada que parece un rayo de sol, da muerte al Dragón.

LA INFANTINA

¿Quién sois que poseéis la espada de diamante? Vuestra es mi vida, valeroso guerrero. Llevadme á la Corte de mi padre y mi reino será vuestro.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Sólo puedo conduciros hasta las puertas de la ciudad. Un voto me impide entrar en poblado.

LA INFANTINA

Juradme al menos que aún os veré otra vez.



EL PRINCIPE VERDEMAR

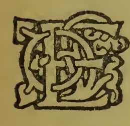
Os lo juro.

LA INFANTINA

¡Ay! No tengo chapines.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Yo tengo para ti, Infantina, unos chapines de oro.



L DUENDE sale de la enramada con unos chapines de piedras preciosas y los deja sobre la yerba. De un salto como los dan las ranas y los sapos, desaparece.

LA INFANTINA

¡Oh! ¡Qué lindos! Sólo las hadas de los cuentos los tienen así.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Me dejas encerrar en ellos los lirios de tus pies?

LA INFANTINA

¿Y tú no olvidarás la promesa de volver á verme?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Aun cuando quisiera olvidarla, no podría.



E ALEJAN, y buscan el camino el uno en los ojos del otro. Y van así por el bosque que empieza á llenarse de sombras, y los ruiseñores cantan en sus nidos. El Duende sale cauteloso del tronco de un árbol. Pone el pie sobre la cabeza del Dragón y le arranca la lengua.

EL DUENDE

Le extraeré el veneno de la lengua y lo venderé en la Corte del Rey Micomicón á los poetas y á las damas que murmuran de todo.

UNA PASTORA PASA CANTANDO

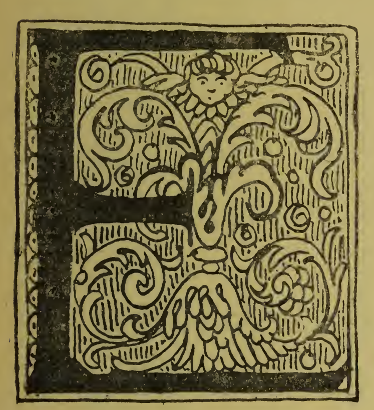
¡Quien á la sierpe matará
Con la Infantina casará!
¡Quien diere muerte al Dragón
Reinaría en el reino de Micomicón!





ESCENA QUINTA





N LOS jardines reales. El pavón, siempre con la cola abierta en abanico de divinos iris, está sobre la escalinata de mármol que decoran las rosas, y al pie la góndola de plata con palio de marfil, y los cisnes duales en la prora bogando, musicales en su curva divina. La Infantina pasea en la góndola. La Duquesa le da compañía en calidad de dama de respeto.

LA DUQUESA

Ya veis cómo me había vestido de luto. No me importa, porque un vestido negro nunca sobra. ¿Y decís, niña mía, que era un bello paladín?

LA INFANTINA

Bello más que el sol.

LA DUQUESA

¿Cómo no habrá venido á recibir la recompensa? Sin duda no sabe que al vencedor le será otorgada vuestra mano.

LA INFANTINA

¡Acaso no me ame!

LA DUQUESA

¿No amaros, y os ha visto? Y aun cuando no fuese para desposaros, debía venir para que le conociésemos las damas de la Corte.

LA INFANTINA

¡El me prometió venir un día!

LA DUQUESA

Entonces cumplirá su palabra.

LA INFANTINA

Yo le espero siempre.

LA DUQUESA

¿Vos ya le amáis?

LA INFANTINA

Cuando se me apareció en el bosque creí que le había visto otra vez. ¡Pero no pude reconocerle!

LA DUQUESA

¿Le habíais visto en sueños?

LA INFANTINA

Eso pensé yo.

LA DUQUESA

Si me dais permiso voy á quitarme estas tocas de luto. Me vestiré de colorado.



ESEMBARCAN en la escalinata de mármol. El Príncipe Verdemar, con traje de bufón, las saluda haciendo una pirueta. La Duquesa da un respingo, porque odia la parla atrevida y aviesa de tales locos. El Príncipe le grita á la oreja.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡No hagáis tal!

LA DUQUESA

¡Qué asombro!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Duquesa gaitera os van á llamar.

LA DUQUESA

No me importa.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Además, siempre es peligroso vestir de colorado en la Corte.

LA DUQUESA

¿Porqué?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Es el color con que se llama á los toros.

LA DUQUESA

Con vuestro permiso, Señora Infantina.

LA DUQUESA con un gesto impaciente rechaza al bufón. El Príncipe Verdemar le hace una mueca. Después como si un pensamiento le cambiase el rostro y el alma, suspira contemplando á la Infantina.

LA INFANTINA

A tiempo llegas para divertirme, bufón.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Estás triste, señora mía? ¿Cuáles son tus penas?

LA INFANTINA

No tengo penas. Sólo tengo recuerdos y quiero olvidar.

EL PRINCIPE VERDEMAR

No se olvida cuando se quiere.

LA INFANTINA

Dicen que hay una fuente...

EL PRINCIPE VERDEMAR

Esa fuente está siempre al otro extremo del mundo. Para llegar á ella hay que caminar muchos años.

LA INFANTINA

¿Pero se olvida al beber sus aguas?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Se olvida sin beberlas. Es el tiempo quien hace el milagro, y no la fuente. Cuando una peregrinación es larga, se olvida siempre...

LA INFANTINA

¿Y se es feliz al olvidar?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Eso podrán decírtelo los viejos.

LA INFANTINA

Se lo preguntaré á la Duquesa.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡No hagas tal, señora mía! La Duquesa no ha olvidado por vieja, sino por mujer. ¿Y tú, has olvidado con qué palabras me diste esta rosa?

LA INFANTINA

¡Es verdad! Tú fuiste el único que encendió mi

corazón con una esperanza, asegurándome que no sería víctima del Dragón. ¿Cómo podías saberlo?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Se lo pregunté á una margarita deshojándola.

LA INFANTINA

¿Y no le has preguntado si un día volverá mi paladín?

EL PRINCIPE VERDEMAR

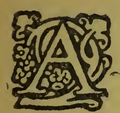
Se lo he preguntado.

LA INFANTINA

¿Y qué dijo la flor?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Que volverá.


PARECE el Rey Micomicón con manto de armiño, corona y cetro. Los cortesanos aparecen tras él. Damas y galanes cambian sonrisas y miradas pueriles.

EL REY MICOMICON

¡Hija mía, Blanca Flor, logrado es tu anhelo! Un heraldo acaba de anunciarme la llegada del caballero vencedor del Dragón. ¿Oyes el son de esa trompa? Su poderoso aliento la hace sonar.

LA INFANTINA

¡Cómo tiembla mi corazón al esperarle!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Aquella tarde que imaginabas ir á la muerte, me ofreciste una rosa si volvías á tu jardín. ¡Que la dicha no te haga veleidosa!



LA INFANTINA

Te la daré otro día.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Ay, mi señora, qué pronto aprendiste la ciencia del olvido! Sólo deseo que te sirva para ser feliz.

LA INFANTINA

Déjame, bufón. Tendrás en vez de la rosa un vestido nuevo, y eso saldrás ganando.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Un paladín se anuncia como tu salvador, y no podrás reconocerle. ¡Cuando olvida el corazón, también olvidan los ojos!

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¡Señora Infantina! ¡Oid! Pide venia para saludaros el más poderoso caballero de la Cristiandad, el

que ciñe la espada de diamante, el que dió muerte al Dragón.

APARECE Espandián. Las guías del mostacho, estupendas y retorcidas, casi le tocan las orejas. Su espadón de siete cuartas, da temblores. Por bajo el ala del chapeo, uno de sus ojos asesta terribles miradas, porque el otro lo trae cubierto con un parche.

EL BRAVO

Hija del Rey, dame tus manos á besar.

LA INFANTINA

¿Dónde queda tu señor?

EL BRAVO

Nunca tuve señor.

LA INFANTINA

¿El valeroso paladín á quien debo la vida, y de quien, sin duda, traes algún mensaje, dónde queda?

EL BRAVO

Yo soy ese paladín, hija del Rey. Me desconoces porque las lágrimas te cegaban en aquellos momentos y no te permitían ver bien. Era como si tuvieses telarañas en los ojos.

LA INFANTINA

¡Aquel era un hermoso caballero!

EL BRAVO

¿Yo no te parezco hermoso?

LA INFANTINA

¡Tú eres un impostor! Padre mío, mandad que le azoten.

EL REY MICOMICON

Si es verdad lo que dices, le mandaré ahorcar.

EL BRAVO

Rey de Micomicón, te daré tales pruebas, que sea imposible dudar de mis palabras. Tu hija es natural que no me reconozca. En aquel instante debí parecerle bello como un arcángel. ¡Además, ya he dicho que lloraba hilo á hilo!

EL REY MICOMICON

Seca tus ojos, hija mía. Mírale bien. ¿No hay ningún rasgo que te lo recuerde?

LA INFANTINA

Ninguno.

EL REY MICOMICON

¿La voz acaso?

LA INFANTINA

¡Era una música aquella voz!

EL BRAVO

Como ahora estoy ronco no la reconoce.

EL REY MICOMICON

¿Qué pruebas puedes darme de que eres tú quien dió muerte al Dragón?

EL BRAVO

La cabeza del monstruo.

EL REY MICOMICON

¿Dónde está?

EL BRAVO

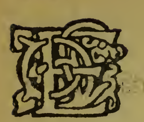
La guardan mis criados, que esperan á la puerta del palacio.

EL REY MICOMICON

¡Que comparezcan inmediatamente!

EL BRAVO

Tocaré mi bocina.


SPANDIÁN sopla en un caracol marino con tan potente aliento, que los pájaros caen de los árboles. Se presentan cuatro bandoleros, que en unas andas de ramaje traen la cabeza del Dragón. Al verla, algunas damas se cubren los ojos, y miran por entre los dedos.

EL REY MICOMICON

¡Caminan agobiados!

EL BRAVO

¡Es pesada como una tesis doctoral! ¡Vedla! Mi espada le atravesó la frente... Catad el agujero.

EL REY MICOMICON

Hija mía, toda duda es imposible. Vuelve los ojos á este valeroso caballero, pídele perdón por haber dudado y ofrécele tu mano.

LA INFANTINA

¡Jamás! ¡Es un impostor os digo! Mandad que le azoten.

EL REY MICOMICON

¿Tampoco reconoces la cabeza del monstruo?

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

¡Siete hileras de dientes como relata la crónica del buen Rey Dagoberto!

EL REY MICOMICON

¿Reconoces este trofeo?

LA INFANTINA

¡Oh! Yo me vuelvo loca. ¡Por qué no hallé la muerte en el bosque!

EL BRAVO

No has visto bien estas siete hileras de dientes.

*ERTOLDO, el antiguo bufón de la Señora Infantina, aparece de improviso, temblando dentro de sus calzones de bayeta amarilla, y dando tiritones.*

EL BUFON

Compadre, al fin nos vemos las caras, y en paraje tal, donde no dejarán de hacer justicia. ¡Sabed que este hombre me ha robado!

EL REY MICOMICON

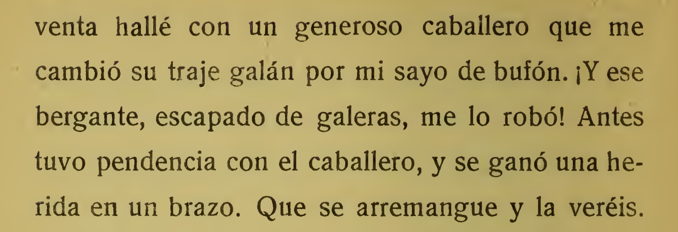
¡Silencio, truhán!

LA INFANTINA

Dejadle hablar, padre mío. Ven á mi lado, Bertoldo.

EL BUFON

Soñé con ir á las Indias, y por eso dejé á mi Señora la Infantina. ¡Nunca lo hubiera hecho! En una



venta hallé con un generoso caballero que me cambió su traje galán por mi sayo de bufón. ¡Y ese bergante, escapado de galeras, me lo robó! Antes tuvo pendencia con el caballero, y se ganó una herida en un brazo. Que se arremangue y la veréis.

EL BRAVO

No es preciso. He reñido porque mi descanso es pelear. ¡Alcancé una herida, pero maté á mi adversario!

EL BUFON

Todo es fantasía. Pero en ello no entro ni salgo. ¡Que diga porqué me robó el vestido!

EL BRAVO

Lo guardé como trofeo de mi victoria.

EL REY MICOMICON

¡Basta! Tú tendrás otro vestido, Bertoldo.

EL BRAVO

Tendrás dos. Uno del Rey y otro mío.

EL REY MICOMICON

Este caballero á quien has injuriado, como villano que eres, es el prometido de tu Señora la Infantina Blanca Flor. ¡Pídele perdón!

EL BUFON

¡Prometido de mi Señora un capitán de bandoleros! ¡El pícaro Espandián!

EL REY MICOMICON

¿Tú eres Espandián?

EL BRAVO

Señor, yo soy Espandián.

LA INFANTINA

¡Ya veis cómo tenía razón!

EL REY MICOMICON

Tu cabeza está pregonada.

EL BRAVO

Señor, mi cabeza estaba pregonada, pero creo haberla rescatado con la cabeza del Dragón.

EL REY MICOMICON

¿Y crees también poder casarte con mi hija la Infantina Blanca Flor?

EL BRAVO

Rey, yo sólo creo en tu palabra.

EL REY MICOMICON

¿Qué dices, hija mía muy amada? Yo di mi palabra real de hacer tus desposorios con aquel que diese muerte al Dragón. ¿Quieres que sea perjuro á mi palabra?

LA INFANTINA

¡No, Rey Micomicón! Pero tu hija te ofrece morir para salvar el honor de su estirpe soberana.

EL REY MICOMICON

Oyeme con calma, hija mía. Espandián no es un bandolero vulgar. Reina en los montes, y en los caminos tiene una hueste aguerrida y numerosa. Si yo le concedo beligerancia...

LA INFANTINA

¡No habléis así, padre mío!

EL REY MICOMICON

Aun sin matar al Dragón, podría ser uno de mis nobles. ¿Imaginas que es otro el origen de mis pares y mis duques?

LA INFANTINA

Padre mío, moriré porque no le amo, y porque el corazón me dice que es un impostor.

EL REY MICOMICON

¡Eso ya es histerismo!

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Tu fe te salva, Infantina Blanca Flor! Rey, manda que venga un carnicero, un cirujano, un asesino ó un general que haya cortado muchas cabezas.

EL REY MICOMICON

Que venga el heroico general Fierabrás.

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

Señor, hace veinte años que está encamado.

EL REY MICOMICON

Que se levante para servir á su Rey.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Escucha, poderoso Rey de Micomicón, y tú, dulce Infantina, enjuga tus lágrimas y escucha también.

LA INFANTINA

¡Oh, qué ilusión! Me pareció que tus palabras me traían como un aire lejano, la música de aquella voz. Habla, bufón mío.

EL PRINCIPE VERDEMAR

El corazón no te engañaba al decirte que ese hombre era un impostor.

LA INFANTINA

¡Lo veis, padre mío!

EL BRAVO

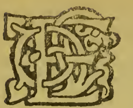
¿Eres tú quien lo afirma?

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Yo!

EL REY MICOMICON

Aquí está el heroico general Fierabrás.

*L HEROICO general Fierabrás, viene por el fondo del jardín apoyado en dos chambelanes. Es un viejo perlático, con el pecho cubierto de cruces, y la cabeza monda. La punta de la nariz le gòtea sin consideración, como una gárgola.*

EL PRINCIPE VERDEMAR

¿Tú que eres el héroe del reino habrás cortado muchas cabezas?

FIERABRAS

No, hijo mío.

EL PRINCIPE VERDEMAR

¡Te llaman Fierabrás!

FIERABRAS

Es nombre que me puso mi mujer, porque tenía mal genio en casa.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Eres el héroe del reino. Acabas de recibir el último entorchado.

FIERABRAS

Ha sido por combatir la filoxera.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Yo quería preguntarte si habías cortado alguna cabeza que no tuviese lengua.

FIERABRAS

¿Es una adivinanza?

EL PRINCIPE VERDEMAR

No, invicto general.

FIERABRAS

Todas las cabezas tienen lengua. ¿Está sin lengua alguno de vosotros? ¡Qué importa que la cabeza se halle sobre los hombros ó separada!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Pues esa cabeza no tiene lengua.

EL REY MICOMICON

¿Tú lo sabes?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Podéis verlo vos mismo.

EL REY MICOMICON

Abridle las fauces. ¡Ah!... ¡No tiene lengua!

EL PRINCIPE VERDEMAR

Pero la tuvo. Vedla aquí.

EL REY MICOMICON

¿Qué quieres decir?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Que soy quien ha dado muerte al Dragón.

LA INFANTINA

¡Por eso tu voz encantaba mi oído, y tu mirada hacía latir mi corazón! ¡Ahora te reconozco!

EL REY MICOMICON

Hija mía muy amada, podías ser la esposa de ese hombre, porque un bandolero puede ser tronco de un noble linaje, como nos enseña la Historia. Pero no puedes ser la esposa de un bufón.

LA INFANTINA

Sí, padre mío, porque le amo.

EL REY MICOMICON

Tomarás la cicuta como aquel filósofo antiguo. Traedle una taza, Duquesa.

LA DUQUESA

¡Oh! ¡Qué tragedia! ¡Y yo que no puedo llorar! ¿Queréis la cicuta muy azucarada, niña mía?

LA INFANTINA

¡Padre mío, dejadme casar con el que amo!

EL REY MICOMICON

Un bufón no puede ser tronco de una monarquía.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Pero un príncipe, sí. Yo soy Verdemar, hijo de tu amigo el Rey Mangucián. Mira, señor, cómo tengo en el pecho la flor de lis, distintivo de todos los príncipes de mi sangre.

EL REY MICOMICON

¡Oh! Príncipe Verdemar, tú reinarás en mi reino con la Infantina.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Princesa, Señora mía, estás en deuda con tu bufón. Me debes una rosa.

LA INFANTINA

Te daré todas las rosas del rosal.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Y los lirios de tus manos á besar.

EL REY MICOMICON

Entremos al palacio, hijos míos. El relente de la noche es malo para los enamorados.

EL BUFON

¿Y á mí, no me hacéis justicia?

EL REY MICOMICON

¿Qué justicia pides?

EL BUFON

Que me sea devuelto el vestido que me robó Espandián. No dejéis libre á este pícaro, porque se escapará.

EL REY MICOMICON

Que sea atado al tronco de un árbol, hasta que venga el verdugo.

EL BRAVO

¡Poderoso señor, muévate á la clemencia el recuerdo de que estuve al tris de ser tu yerno!

EL REY MICOMICON

No menciones tal oprobio, porque mandaré arrancarte la lengua.

EL BRAVO

Señora Infantina, yo hubiera querido vencer al Dragón. Pero la suerte lo dispuso de otro modo y llegué tarde. Piensa que pudo ser mi dicha la de ese noble príncipe. Halle gracia en tu corazón el caballero Espandián!

LA INFANTINA

¡Perdonadle, padre mío!

EL REY MICOMICON

Atendiendo á que lo pide mi hija, muy amada, te perdono la vida.

EL BRAVO

¡Gracias, poderoso Rey Micomicón!

EL REY MICOMICON

Pero sufrirás la pena de azotes.

EL BRAVO

¡La pena de azotes! ¡Una pena infamante al caballero Espandián! ¡Una pena peor que la muerte, si el verdugo tiene la mano dura!

EL BUFON

Compadre, te ha cegado la ambición. No conviene querer subir tan alto. ¿Y para qué, compadre? ¿Qué ibas ganando? Imaginas que el Príncipe Verdemar, al casarse con la Infantina, va á estar me-

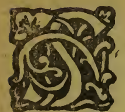
jor que yo siendo su bufón. ¡No lo sueñes! Los peores humores serán para el marido. ¡Y tú, que eres rey de los caminos reales y archipámpano de las diligencias, qué podías hallar que no tuvieses, en este mísero Estado de Micomicón? ¡Se puede ambicionar ser rey del tabaco, del cacao, del azúcar y de los rábanos! ¡Se puede ambicionar ser rey del petróleo, de los diamantes y de las perlas! ¡Se puede ambicionar ser rey de una sierra por donde haya trajín de carromatos, mulateros y feriantes! ¡Pero rey constitucional en el Estado de Micomicón! ¡Estabas loco, compadre Espandián!

EL BRAVO

¡Calla, imbécil! ¿Imaginas que no me hice cargo de todo eso? Pero quise buscar un retiro para la vejez. Me habían dicho que se cobraba bien.

EL BUFON

¡Eso sí! ¡Y en oro!

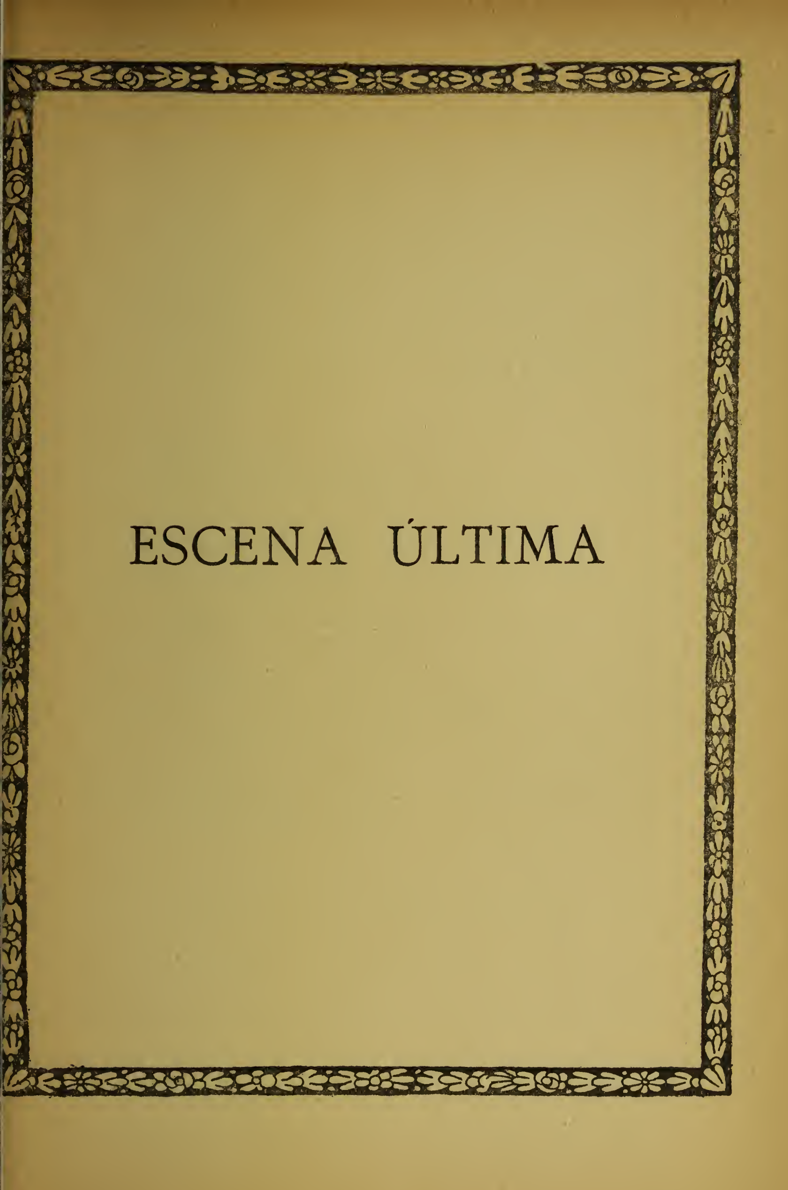
*E OYE el planto de la Señora Geroma que aparece haldeando, jipando y manoteando. Sus clamores pueblan el jardín. Llegando al árbol donde está atado Espandián, suspira y pone los ojos en blanco.*

GEROMA

¡Espandián! ¡Marido mío! ¡Gala de las galeras! ¡Brazo de fierro! ¡No pensabas ayer, cuando me pediste el agua para lavarte el cuello, que el verdugo te ensebaba la cuerda! ¡Espandián! ¡Marido mío, que no te ponías calcetas por no darle á tu Geroma el trabajo de remendártelas! ¡Y eras tan lechuguino como el primero!







ESCENA ÚLTIMA





OS palacios del Rey Micomicón: En la sala de los banquetes. Bajo la gran arcada que se abre sobre el jardín de los cisnes y las rosas, acaban de tropezarse Bertoldo, el antiguo bufón de la Señora Infantina, y el Ciego de las Gacetas. Satisfechos de hacer nuevo conocimiento se abrazan. El perro toma parte en estas efusiones, poniéndose en dos patas.

EL BUFON

¡Ya estás de vuelta, compadre Zacarías!

EL CIEGO

¡Y tú también, compadre Bertoldo!

EL BUFON

Como me habían robado el vestido, no pude embarcar. Antes de poner el pie á bordo ya parecía un náufrago.

EL CIEGO

Yo tampoco pude embarcar, pero no fué por falta de vestido. Había tomado pasaje para mí sólo y no me admitían al perro. Querían que pagase como si fuese una persona.

EL BUFON

Las personas son las que debían pagar como

perros, porque de tales reciben el trato en esos barcos de emigrantes.

EL CIEGO

Me quedé en tierra, y acá me vine, á la querencia de mi antiguo oficio. Vuelvo á vender las gacetas á la gente del Palacio.

EL BUFON

¿Y qué tal?

EL CIEGO

Estos días algo se hace con motivo de las bodas reales, y, sobre todo, con la vista del proceso de Espandián. Pero el agosto está cuando hay denuncias. Entonces vendo de oculto. Si se habla mal del Rey, todos los palaciegos pican.

EL BUFON

Hoy se celebra el gran banquete.



EL CIEGO

Ya han salido cuatro extraordinarios. Se matan los unos á los otros.

EL BUFON

Perdona que te interrumpa. Pasa el cortejo de la boda y tengo que ir á pisarle la cola á la Duquesa.



E VAN el Ciego y el Bufón. Aparecen hablando el Príncipe Verdemar y el Duende. El Duende trae los zuecos llenos de barro, y se detiene en la arcada para limpiárselos con unas pajas. El Príncipe Verdemar está vestido de oro y seda.

EL DUENDE

¿El Rey de Micomicón, tu suegro, ha invitado á tu padre el Rey Mangucián?

EL PRINCIPE VERDEMAR

Creo que sí.

EL DUENDE

¿Tú no le has visto?

EL PRINCIPE VERDEMAR

No. Pero me ha parecido que era uno que roncaba en la capilla durante la ceremonia.

EL DUENDE

Yo deseo servirle en el banquete.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Le servirás.

EL DUENDE

Pero será tan sólo un corazón de cordero crudo y sin sal, en un plato de oro.

EL PRINCIPE VERDEMAR

Ya está aquí todo el cortejo.

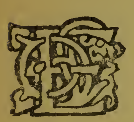


E PRONTO el Duende se hace invisible. Por todos los arcos aparece el cortejo de las bodas. Reyes y Reinas con corona y manto, y cada cual por su puerta. Detrás los séquitos. El Príncipe hace un paso muy gentil, para tomar de la mano á la Infantina. Los Reyes ocupan sus sitiales: Los coperos les llenan las copas, los esclavos se arrodillan para ofrecer las fuentes gigantescas, llenas de perniles. El Duende aparece con un plato de oro en la mano, y se detiene ante el Rey Mangucian.

EL REY MICOMICON

Yo estoy desfallecido. Dejad que la gente se coloque como quiera, Señor Maestro de Ceremonias, solamente que mi amigo el Rey Mangucián

tenga su sitial á mi derecha. Supongo que no faltará comida. Se han sacrificado un toro y siete corderos.



L REY Mangucián toma asiento á la diestra del Rey Micomicón y bosteza con deleitable largura, como si ello fuese el mejor aperitivo para disponerse á comer. Después prende un bocado, lo muerde, y palidece de cólera.

EL REY MANGUCIAN

¿Qué me habéis servido en este plato? Te declararé la guerra por la burla, Rey de Micomicón.

EL REY MICOMICON

Repórtate, Rey Mangucián. Lo que te han servido es un sabroso pernil.

EL REY MANGUCIAN

No, esto no es pernil. Precisamente el pernil es uno de los platos en que yo me chupo los dedos.

*OS dos Reyes se miran airados. El Rey Mangucián ha puesto mano á la espada, y se ha sujetado la corona en la cabeza. El Rey Micomicón hace lo mismo. Los cortesanos dan un grito y quedan espantados: Las bocas abiertas, el bocado en el aire y la copa en la mano. El Duende deja oir su voz burlona.*

EL DUENDE

Cierto. Lo que en este plato de oro acabo de servirte, poderoso Rey Mangucián, es corazón de cordero crudo y sin sal. ¿No era así como clamabas un día por comerte el corazón de aquel príncipe hijo tuyo, que había dado libertad al Duende? ¡Ya ves que el plato no es muy sabroso! Los perros, los leones, los tigres, los lobos y los gatos se comen la carne cruda y sangrienta porque tienen en sus estómagos una gran cantidad de ácido clorhídrico que

les hace fácil digerirlas. Pero los reyes, si un tiempo remoto pudieron hacer lo mismo, hoy, por la evolución de las especies, ya no pueden. Al perder en regalías, perdieron en potencia estomacal. Los reyes constitucionales sólo pueden ser vegetarianos.

EL REY MANGUCIAN

¡A quién se lo cuentan, Micomicón!

EL REY MICOMICON

¡A quién se lo cuentan, Mangucián!

EL PRINCIPE Verdemar y la Señora Infantina, cogidos de las manos van á ponerse de rodillas en la presencia de los dos Señores Reyes. Sus voces se levantan hermanadas.

LOS DOS

¡Bendecidnos!

LOS REYES

¡Que los altos cielos igualmente os bendigan, dilatando nuestras dinastías por los siglos de los siglos!

TODOS LOS INVITADOS

¡Amén!

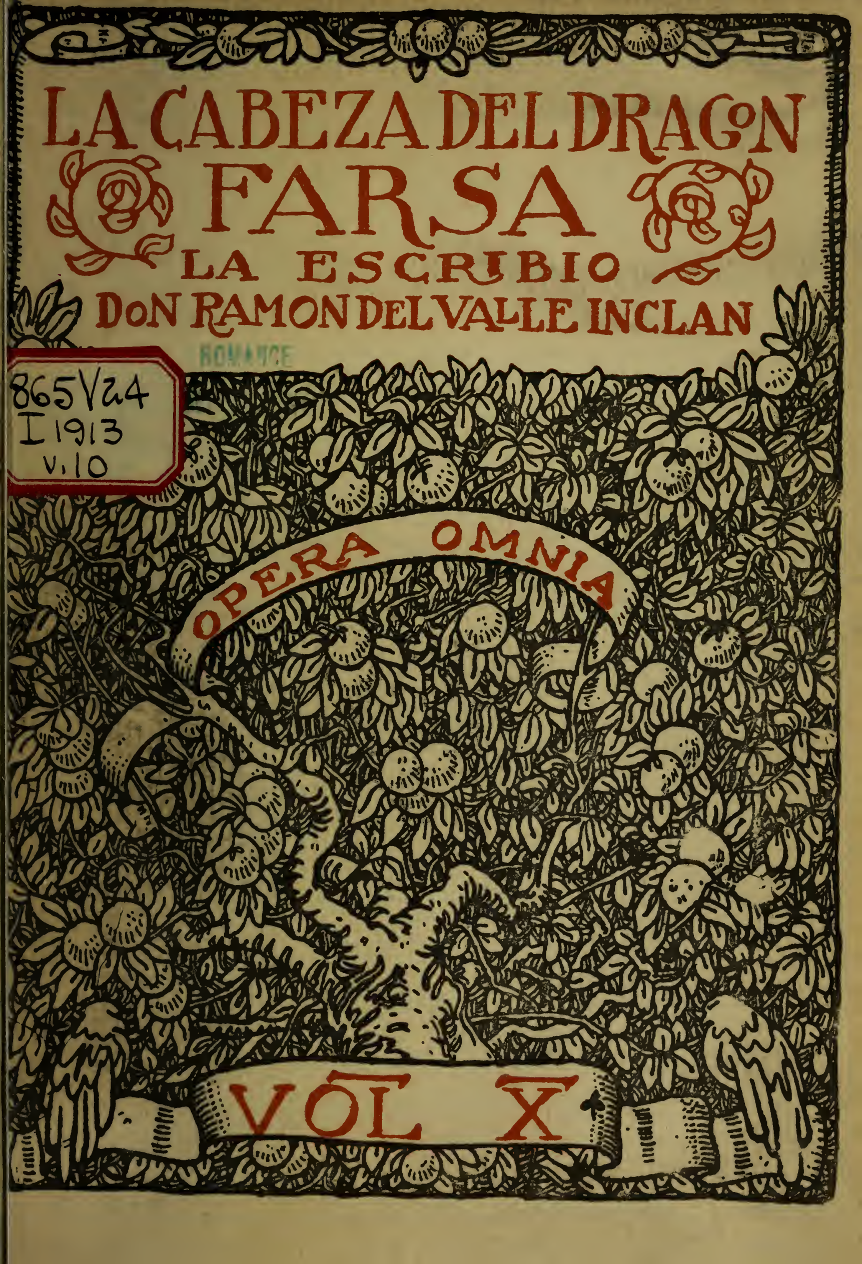


JOSEPH MOJA

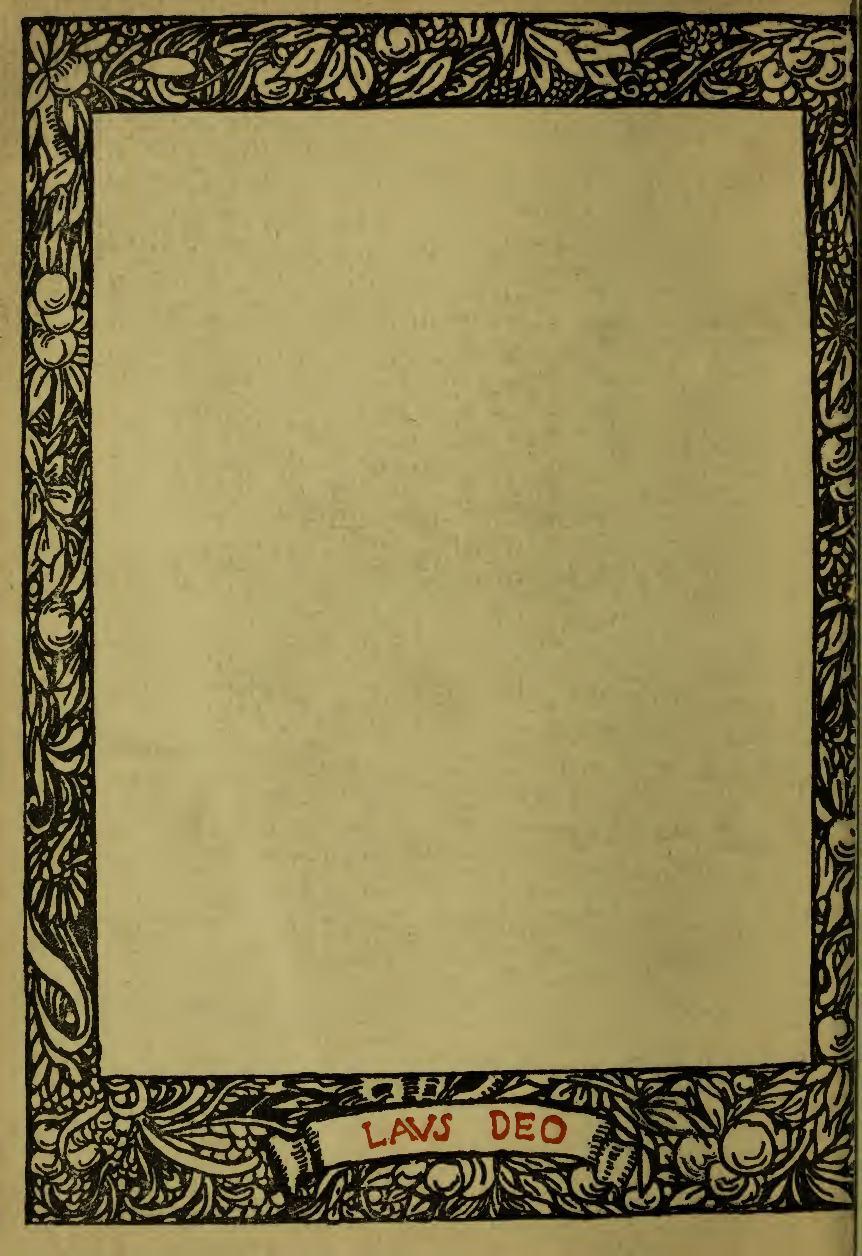
ORNAVIT

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA IMPRENTA DE JOSÉ IZQUIERDO
EN MADRID Á XII DÍAS
DEL MES DE ENERO
DE MCMXIV
AÑOS





LA CABEZA DEL DRAGON
FARSA
LA ESCRIBIO
DON RAMON DEL VALLE INCLAN
OPERA OMNIA
VOL X


LAVS DEO